

bre, comencé á acometer, no obstante que al principio era el único que comía, lo que no dejaba de ser penoso; pero poco á poco se dieron también los otros á hacerlo, quizás por cortesía. Agradábales, sin embargo, que me gustara su comida, y por mi parte la tomé con apetito después de la dieta á que me había visto reducido. Por limitada que sea la variedad de manjares del hombre primitivo, prepara bien los que toma, y puedo decir que aquella comida fue la mejor que he probado entre los indios. La reunión era agradable y animada, y la sala del banquete se extendía hasta los pinares y montañas del alrededor, teniendo por techo la bóveda azulada.

Durante la noche se bailó en tarima, esto es, en un tablado sostenido por zoquetes, uso que parece general en toda la tierra caliente del noroeste. Bailan simultáneamente un hombre y una mujer, de frente una al otro y sin tocarse; saltando rítmicamente, arriba y abajo, sobre el mismo lugar. Este baile es conocido de todos los indios llamados cristianos que saben tocar el violín; pero sólo entre los coras lo he visto ejecutar sobre tarima. Llámalo *la danza* aunque bien puede haber sido de origen primitivo. *La danza* es simplemente un desahogo de alegría á que se entregan los indios cuando se han achispado un poco, después de las festividades de la iglesia, y á veces la bailan en el templo mismo.

Poco á poco fueron consintiendo los indios y sus mujeres, en dejarme fotografiarlos. Una noche que estaba yo cambiando las placas en una vieja casa vacía, llamó á la puerta un grupo de curiosos que se había reunido con el deseo de presenciar los secretos ritos en que me ocupaba. Tras una deliberación de varios días, consintieron los indios en enseñarme el sitio dedicado á sus danzas, ó como ellos lo llaman, su *tunamoti* (el arco musical).

CAPÍTULO XXVIII

LA VISTA DEL PACÍFICO DESDE LO ALTO DE LA SIERRA—MÁGICO IDILIO—
LOS CORAS NO CONOCEN EL MIEDO—UN INDIO QUE NO LO ES—EL
PUEBLO DE JESÚS MARÍA—HERMOSO EJEMPLAR DE SACERDOTE
CORA—UN PADRE ME DENUNCIA COMO MISIONERO PROTESTANTE.

DESPUÉS de una estancia de quince días, dije adiós á Santa Teresa. El alcalde, que se había vuelto muy amigable, me acompañó por el llano donde está situado el pueblo, el cual se extiende, interrumpido á veces por pinares, como tres millas al oeste. Me rogó que no me olvidase de los coras cuando viese á la primera autoridad de Tepic, y que consiguiera del Gobierno mexicano que los dejasen conservar sus antiguas costumbres que habían sabido les querían prohibir. Tal temor carecía de fundamento. También me suplicó que empleara mi influencia para impedir que en las cercanías se establezcan blancos ansiosos de apoderarse de las grandes selvas.

Encontré un amigo en un cora llamado *Nuberto*, hombre de sesenta años, de buen corazón y genio franco, que consintió en ser nuestro guía. La senda sigue por todo el flanco izquierdo de la Sierra Madre, y en ocasiones á sólo pocas varas abren paso repentinamente las montañas á los valles y cerros de las estribaciones. Al irse aproximando el término de aquella jornada, presentósenos una vista perfectamente abierta de la tierra caliente, que se dilataba á nuestros pies hasta el Océano Pacífico en una distancia que, yendo en mula, se requeriría una semana para recorrerla. La extensión que se ensanchaba ante nosotros ofrecía un panorama cubierto de colinas que parecían hundirse cada vez, más y más bajas, hacia el

oeste, donde las saladas lagunas de la costa podían distinguirse con claridad, como listas de plata entre la bruma de color gris rojizo de la tarde. Acaponeta estaba sobre la misma línea que partía de nuestro punto hacia el sol poniente. En aquel sitio, á 8,000 pies sobre el nivel del mar, todo era plácido y tranquilo; no se escuchaba ni un soplo de viento. Al borde de la cima, hacia el mar, crecía un ciruelo en flor (*prunus*) y algunas encinas. En todas las demás direcciones, veíanse los inmensos y silenciosos pinares que cobijan á los coras, pero no se advertía el menor rastro de vida humana. Todo se antojaba sereno, pacífico, quieto y tranquilizador.

¡Cuan delicioso sería establecerse allí! ¡Mi vida pasaría tan descansada! Me ayudarían los indios á construirme una cabaña, donde unido á alguna de aquellas lindas coras, quien de seguro tendr a una vaca ó dos que me proveyeran de una bebida civilizada, viviría sin que llegasen hasta mi sosegado retiro las contiendas y agitaciones del mundo. Los días se sucederían en la misma imperturbable paz, sin que mi amada interrumpiese la serenidad de mi vida, porque sería como la laguna, exenta de la más leve oleada en su superficie. Alguna vez el espíritu de las fiestas la impulsaría á pronunciar alguna airada palabra, pero sin intención de decir mucho, y pronto volvería á asumir su plácido papel de siempre, entregándose á la ordenada regularidad de su existencia diaria. ¡Qué espléndida ocasión para estudiar á aquel pueblo, para conocerlo á fondo y familiarizarme con todas sus antiguas ideas y creencias! Quizás resolvería así alguno de los misterios que velan la actividad del entendimiento humano. Mas para conquistar esa gloria,—tendría que alcanzarla á costa de vivir de tortillas, frijoles y pinole!

“Vivir podré sin música, sin arte,
Sin poesía, emociones ni conciencia,
Sin amigos, sin libros; pero nunca
Sin tener una buena cocinera.”

Conviniendo, pues, con la eminente autoridad citada, volví á la realidad y proseguí mi viaje.

Llegué á poco á una pequeña falda muy fértil, cubierta en parte de rastrojo. En el último extremo de la misma había un gran rancho llamado La Ciénega, frente al cual se erguían dos ó tres magníficas encinas de ramas bien revestidas de verdes hojas. La gente del lugar me mostró buena disposición para venderme algunas provisiones necesarias, por lo que me detuve un día.

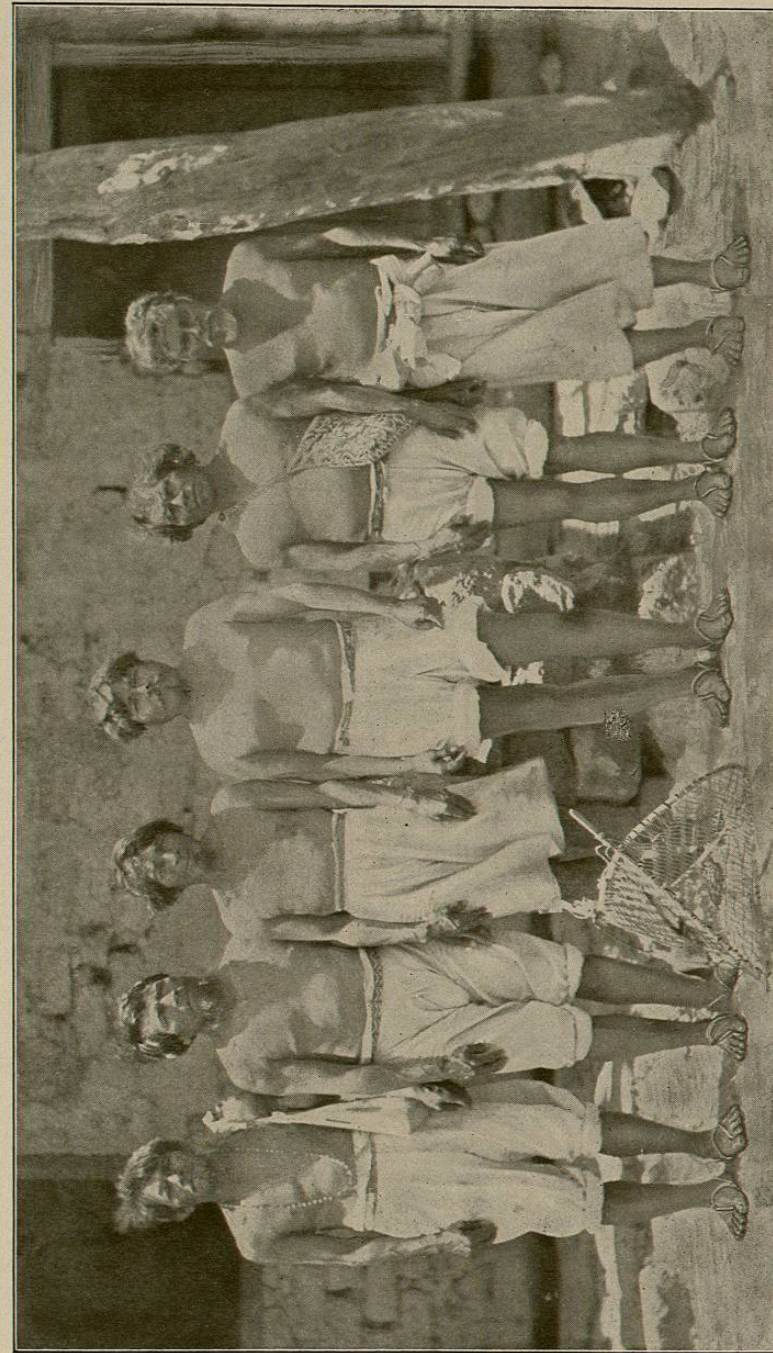
Al descender hacia el famoso pueblo Mesa del Nayar, se disfruta de una espléndida vista de las altas montañas que forman el límite occidental de la región de los huicholes, y avanzan hasta el frente del cañón de Jesús María como amurallado baluarte de un azul nebuloso. Descansa el pueblo en un llano de menos de una milla de extensión en todos sentidos, sobre la falda de la sierra, con horizonte descubierto únicamente por el este. Sobre la mesa que domina al pueblo, hay un ídolo del sol poniente “mirando á México,” según dicen los indios. Esta mesa es la denominada Tonati por los cronistas; los coras la llaman Nayari, de donde se derivó el nombre de toda la sierra. Igual nombre se aplica á una cueva de la localidad donde depositan los coras, lo mismo que los huicholes, sus objetos ceremoniales y otras ofrendas. El sol poniente es motivo de culto para ambas tribus. Los indios vigilan celosamente la cueva y nunca la enseñan á los extraños. En ese lugar está realmente el término de la Sierra del Nayar, pues de allí sigue bajando gradualmente hasta el Río de Álica ó Río Grande de Santiago, punto en donde termina la Sierra Madre.

La gente de la localidad, aunque amigable, me mostró menos simpatía y mucha mayor reserva que la de Santa Teresa, y no pude hallar quien me revelase los secretos de la tribu, no obstante que sus hermanos de la otra tribu les habían mandado decir que no recelasen de mí. Con todo,

los coras no son asustadizos. Cualquier forastero puede entrar en una casa sin más ceremonia que el habitual saludo "¡Ajú!" Al acercarme una vez á una habitación, una pequeñuela muy bonita, escasamente de tres años de edad, se adelantó corriendo á mi encuentro, armada de un gran cuchillo que empuñaba animosamente con su manecita, y seguida por su madre que trataba de detenerla. Los niños, lejos de huír de uno, se acercan con curiosidad. Habiendo entrado mis dos perros en una casa, fueron encontrados por una chicuela de unos cuatro años de edad que salía en ese momento. El perro de la casa, que estaba dentro, comenzó al punto á ladrar á los intrusos, pero la muchachita prosiguió su camino, sin que le cambiase en lo más mínimo la expresión de su rostro.

Aunque los coras de la localidad conserven más completamente que en otras partes sus tradiciones y costumbres, no vi que ninguno de los adultos llevara el traje nacional consistente en calzoneras de ante y un cotón muy corto que apenas llega abajo del pecho, tejido á domicilio, de lana teñida con añil. Sólo encontré un muchacho con dicho vestido, y, según me dijeron, su padre lo usaba también. Los coras, sin embargo, no admiten que se les confunda con sus "vecinos." Así pues, cuando algunos de los principales consintieron en dejarse fotografiar, les pedí, con el propósito de obtener imágenes directas de su físico, que se quitasen la camisa, á lo cual se negaron; pero hicieronlo inmediatamente que les dije que con ellas parecerían "vecinos."

El gobernador era un hombre original y curioso. Pretendió primero que me alojara en la Comunidad, lo que no acepté; pero como se empeñara en tenerme al mayor alcance posible de su vigilancia, convine en acampar á media distancia del pueblo, de lo que al principio había pensado. No bien acabé de levantar mi tienda de campaña, vino acompañado de un amigo suyo. Era muy afi-



Coras de Mesa del Nayar.

cionado á la conversación, y á ella estuvo entregado durante dos horas, sin interrumpirla más que para escupir cada veinte minutos. Su compañero, envuelto en su cobija, cabeceaba entretanto, y siempre que su jefe se detenía para salivar, murmujeaba un "jé" en señal de asentimiento. La lengua cora es gutural, pero muy melodiosa, y oída á distancia me producía el efecto de estar oyendo la cadencia de uno de los dialectos del interior de Noruega. Sin embargo, el monólogo del gobernador pronto me pareció fatigoso, y acabé por arreglar mi cama y recostarme en ella. Retiráronse al rato, pero todas las noches, mientras estuve allí, volvía el buen hombre con su cargante charla, no quedándome más recurso que entregarlo á mis criados para que le dieran palique mientras el sueño no los vencía. Gustábale que le hablaran de otras tierras, de los osos que hubiéramos encontrado y de la gran guerra, pues suponía que por fuerza la habría en alguna parte; y no se retiraba sino hasta pasada la media noche, cuando ya todos estábamos dormidos. Era viudo, y de hecho fue él el indio menos indio que he conocido jamás.

Como cinco millas al este de la Mesa del Nayar, comienza la subida hacia el pueblo de Jesús María. El vallé es ancho y está sembrado de cerros, y la vegetación parece de tierra caliente. Abundaban especialmente, aun en el borde de la mesa, los matorrales de espinos secos y macilentos llamados *huisaches*, palabra que en el lenguaje vulgar sirve para designar al tramposo, dándose, por ejemplo, el nombre de huisachero al abogado maula y chicanero. Dicho arbusto se puede equiparar á la palma jurista ("lawyer palm") de la Australia tropical.

Jesús María parece á distancia casi una ciudad, situada en una pequeña planicie sobre la margen del río. Son de grande efecto su antigua y majestuosa iglesia, de estilo morisco, con el ancho cementerio que la rodea y los abultados edificios que usualmente acompañan á los viejos tem-